

Éramos quince personas, doce abogados, una contadora, una periodista, una médica. Tres escritorios, varias sillas, muchos micrófonos. De los quince de la sala, al menos seis volverían esa tarde a sus casas en el continente, después de hacer un par de compras de perfumes y licores, se darían un chapuzón en las aguas cristalinas, o en la piscina del hotel y luego en un vuelo barato, volverían a sus casas.

Fue una audiencia normal, supongo, era mi primera audiencia, el escenario me recordaba la serie americana de abogados y policías: 'La ley y el orden', unidad de victimas especiales. Pero, y ¿quién era la victima?

La mártir estaba afuera, caminaba en la lluvia, arriesgándose a que cualquier cosa le pasara, en una inocencia propia de quien no entiende mucho lo que le pasa. Ni siquiera sabía que era víctima.

Había sido violada tantas veces, de tantas maneras, que ya no sabía que era no ser torturada. Manoseada por todos, los que la conocían y decían amarla, pero la vendieron a otros, que ni la conocen ni la aman. Estaba afuera, sentadita en el borde del andén con su vestidito azul aguamarina roto y sucio. De sus hermanitas poco se sabe.

Adentro, en el ambiente enfriado por el aire acondicionado, se discutía si era cierto eso que

dicen: que con la niña de afuera está todo bien, que su salud es infranqueable y que gracias a la plata que produce mostrando sus cositas, a ella no le falta nada.

Ellos decían que sí, que ya no hay problemas, que sus debilidades son propias de la edad, que así son todas las niñas, olvidan que sus primas en el mar, más fuertes y más organizadas fueron arrasadas esa semana por los vientos que se estaban vengando del calor.

Ellos sostenían que ya estaba todo bien, mientras yo los miraba como cuando miras a un mentiroso que sabe que tú sabes que miente. Ni siquiera estaban todos, hubo unos para quienes esta audiencia no fue importante, seguramente había algo que los requería más urgentemente que una niña tonta, violada y sucia.

Pedirles que nos acompañaran en la angustia que significaba esta defensa era ilógico, ellos no han visto morir a nadie, no han tomado aire para decirle a una madre que esa navidad no tendrá hijo, no es su familia quien llega a las puertas del hospital con dolor; para ellos esto era un trámite, y han tenido muchos trámites.

Seguro se conmueven cuando ven las noticias del terremoto y los huracanes, pero no les da nada si hay 100.000 personas a merced de un hospital que hoy no tiene planta eléctrica, que no tiene rampas, que no tiene todos los medicamentos, un hospital que hace de todo: hace de cárcel, de albergue, y que al mismo tiempo no hace nada: no hace resonancias, no hace diálisis, no hace prevención.

Son como esa gente que se enoja solo en redes, porque a la hora de hacer algo se acuerdan “que es que es amigo de mi amigo y me dio el puestico”, y se vuelven cómplices de estos viejos verdes que se rifan a la niña vestida de azul agua marina que se llama isla, que no tiene a nadie, que no sabe que es víctima, que no sabe que nada.

Y ahí vamos, defendiendo lo obvio, esperando lo esperable, en una batalla que no es justa, porque, aunque somos muchos, no queremos a nadie, no nos importa el muerto nuestro si no el de la tele. Viviendo en el epitafio de una niña dulce y atormentada.